



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

AUTORES CÓMICOS

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ

Calle de Beato Jerónimo 14 y Matadero de Madrid.



Caballero de gracia le llaman
 y efectivamente
 lo es así.
 Pues sabido es que ya le conoce
 de haberle aplaudido
 todo Madrid.
 (Parodia de *La gran vía*.)

SUMARIO

TRAYO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Calabazas, por José Jarkson Veyan.—¡Puf!..., por Eduardo de Palacio.—Un escritor de buena fe, por José Estremera.—¡Holgazanes!, por José López Silva.—Rectificación, por Sinesio Delgado.—La gullonina, por José Zahonero.—Chistes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Felipe Pérez y González.—De verano.—¡Oh, el amor!, por Cilla.



A Dios gracias, las fiestas han concluido y tenemos la seguridad de que no ha de ocurrir ningún certamen literario, en lo que queda de temporada.

Para distraer nuestro espíritu, ha llegado una compañía lírico dramática, que interpreta a gusto de todos las obras más aplaudidas del repertorio español.

Noches pasadas se puso en escena *La Pasionaria*, y era de ver la impresión que causó en el público.

El papel de *Marcial* lo representaba un anciano cojo él, feo él, y picado de viruelas él. Para ocultar las injurias del tiempo, se había puesto una peluca rubia, que parecía un felpudo.

Gracias á este adorno y á una levita de miliciano nacional con charreteras, resultaba hasta hermoso inclusive. Al verle aparecer, el público rompió en un aplauso formidable; el actor hizo una reverencia, se quitó el sombrero hongo con escarapela que cubría su cráneo y comenzó á echar consonantes por aquella boca.

Entonces hubo en el público un movimiento de admiración, y algunos espectadores prorrumpieron en vivas de entusiasmo.

La dama joven, que tenía antiguos resentimientos con el galán, sintió herido su amor propio por la preferencia otorgada al actor, y se fué derecha á las candilejas de la embocadura con ánimo de increpar á los espectadores de primera fila. Un músico de la orquesta había colocado su cornetín cerca de la concha del apuntador, y la actriz, que estaba ciega de ira, no vió el instrumento y le puso un pie encima. El músico lanzó una interjección, la actriz sintió que perdía el equilibrio y quiso agarrarse al barba, pero careciendo ambos de punto de apoyo, fueron á caer sobre el atril del músico mayor.

Lo que allí sucedió no es para dicho. La característica, madre de la dama joven y esposa del barba, quiso vojar en socorro de su familia, y metió un pie dentro de la concha, hiriendo al apuntador en las narices. Este, desesperado, dió un empujón á aquella mole, que chocó con *Marcial* y con *Justo* mientras éste se disponía á salvar á la dama joven, con la que sostiene relaciones amorosas. Un perro de la compañía, que estaba entre bastidores, salió á escena y comenzó á ladrar; los niños de la característica aparecieron también, lanzando agudos chillidos y metiéndose los dedos por las ventanas de la nariz.

—¡Hija de mi corazón!—gritaba la característica revolcándose en la alfombra.

—¡Mamá, mamá!—decían los niños mordiéndose las uñas con desesperación.

La dama joven y su aplaudido padre hacían esfuerzos para ponerse de pie; pero el bumbo de la orquesta, que se había soltado y rodaba sin rumbo fijo, iba á chocar contra sus artísticas cabezas, produciéndoles el abombamiento natural.

Como el galán era causa inconsciente de aquellas terribles escenas, se quitó la peluca en señal de remordimiento, y fué á ocultar la cabeza entre las manos murmurando:

—La culpa es mía; porque con esta gente no se puede ir á ninguna parte. ¡Esto es poner en ridículo á uno! No

me ha pasado cosa igual en ningún teatro del mundo.

La función no pudo hacerse por indisposición de los principales actores. Para resarcir al público de los perjuicios ocasionados, se presentó en escena el gracioso y cantó, acompañándose con la guitarra, la romanza de tiple de las *Hijas de Eva*.

Pero, según noticias, continúan las luchas intestinas en la compañía dramática y cuéntase que á donde quiera que va, lleva el escándalo consigo.

Es toda una historia de lágrimas.

Ellos salieron de Madrid, di-puestos á funcionar en los principales coliseos de provincias, con derecho á percibir los beneficios por partes iguales. Todo debería ser colectivo; la alimentación, las obligaciones y la ropa; pero un día el galán tuvo que mudarse la camisa, que se le había manchado al pintar una decoración de selva virgen, y echó mano de una perteneciente á la dama joven.

—¿Por qué se pone V. mis prendas?—le dijo ella furiosa.

—Porque hemos convenido en ello. Su mamá de V. lleva puestos hoy unos calzoncillos míos y no he dicho una palabra.

—Pues yo creo que V. abusa. ¿Cómo quiere V. que haga esta noche el papel de María Stuardo sin camisa?

Desde aquel día, el galán y la dama joven se detestan hasta el punto de no dirigirse la palabra. Si hay alguna obra en que tengan que aparecer enamorados, suprimen todas las escenas de amor; y cuando aplauden á uno, el otro se enfurece y se arranca el pelo de rabia.

—Esto va á acabar de un modo desastroso—nos decía el apuntador.—En Cuzcurruta, hace ahora dos meses, ocurrió una escena terrible. Martínez, el galán, representaba el papel de Nuestro Señor Jesucristo y estaba clavado en la cruz. Paca, la dama joven, hacía de Magdalena y tenía que echarse á llorar, al verle tan desmejorado, presa del arrepentimiento. Llegó á donde estaba Jesucristo, y en vez de besarle los pies, comenzó á tirarles mordiscos. Él entonces se des-clavó de prisa y corriendo, y si no le quitamos entre todos á la Magdalena, la hubiese reventado allí mismo.

••

Aquí se espera la escuadra española y proyéctanse bailes para obsequiar á nuestros marinos.

Nadie sabe la importancia que tienen aquí estos acontecimientos.

Las chicas de la costa sienten una invencible inclinación hacia los chicos navales.

La mayor de las felicidades consiste en ser amada por un alférez de navio con patillas. Ellos sacan partido de esta debilidad, llevando á las chicas al barco y enseñándoles todo.

Hoy las conversaciones versan sobre el mismo asunto:

—El día 20 llegarán las fragatas.

—Dicen que vienen cuarenta guardias marinas.

—Sin contar los capellanes.

—Hay dos comandantes solteros.

—Y un físico viudo.

—Pero feo.

—No debemos reparar en estos detalles.

Las mamás conciben la dulce esperanza de despachar á las niñas, y ya se figuran verlas en brazos de la armada nacional, llenas de galones y rodadas de asistentes.

—Sentiría mucho que mi Mariquita se casara con un marino—dicen con aparente sinceridad, para disfrazar sus propósitos.

—¿Por qué?

—Porque es muy nerviosa, y cada vez que viera salir el barco de su esposo tendría encima la convulsión.

—¿Padece de convulsiones?

—Muchísimo. La última que tuvo fué horrible y mordió á todos los de casa. Ella ya conoce cuándo le va á dar, y nos lo avisa; entonces, para evitar de-gracias, le metemos un sombrero de copa viejo hasta el cogote, para taparle la cara, y se desahoga mordiéndose el fierro.

En este país casi todas las chicas sufren accesos nervio-

sos. Hay una que se retuerce todas las tardes, delante de su familia, y hay necesidad de envolverla en una manta, á fin de evitar contusiones.

El papá tiene un ojo reventado y el cuello torcido á fuerza de golpes, y cuando se le pregunta la causa de aquellos descalabros, dice sonriendo:

—Cosas de mi Purificación. ¡La pobrecita tiene una fuerza de golpes... Cuando le da el acceso, no mira dónde pega, y una vez á un canónigo que vino á vernos, le hundió el solideo en el cráneo.

—¿Y se murió?

—No señor; felizmente, pudimos sacárselo con unas tenazas.

El correo se va y no me queda más que el tiempo necesario para despedirme de mis lectores, besándoles la mano respetuosamente.

LUIS TABOADA.

Marín 19 Agosto.

CALABAZAS

Á UNA SEÑORA QUE ME PERSIGUE

Su carta recibí, señora mía,
y me causa estupor
el que llegas una carta *todavía*
por correo interior.

Entrando en el asunto *por derecha*,
su pecho me abre usted,
Yo no tomo las cosas tan á pecho
y no caigo en la red.

Empleando mil frases lisonjeras
me pide usted un sí.
Yo, señora, lo siento muy de veras.
No dispongo de mí.

Me manda su retrato. Es indiscreta
la tarjeta al mandar.
Yo, señora, por hoy, ni con tarjeta
la puedo visitar.

Su amor adivine, pero muy pronto,
y me dió que sentir.
¿Se piensa usted, señora, que soy tonto?
La *veía venir*.

En gracia á su cariño tan inmenso
he hablado con papa,
pero piensa lo mismo que yo pienso,
que es imposible ya.

Yo sé que puede usted quitar las penas
al hombre más cerril;
que tiene buenas prendas, *buenas, buenas*,
mirada de perfil.

Yo sé que tiene un pie tan mono y chico,
que de amores da sed;
y por eso, señora, la suplico
que no me *tiende* usted.

Me toma usted, sin duda, por viudo,
y se atreve á esperar,
mas no sabe lo más *mortocotudo*:
que me he vuelto á casar.

¿Á qué la he de jurar vanas promesas
cuando tengo otro amor?
¡Si hace un año me viene usted con esas,
me hace usted el gran favor!

Yo la ruego sepulte en lo más hondo
su pasión hacia mí.
Respecto á mi silencio, la respondo
que no saldrá de aquí.

No apele usted en su furor extraño
al suicidio jamás.
Mire usted que *los tiros* hacen daño
y *los fusiles* más.

No me siga con celo inoportuno
ni mire á mi balcón.
Nada consigue, y *el que pierde es uno*
en su reputación.

Mi mujer, que en amor es primeriza,
y escamada está ya,
nos va á dar, si se entera, una paliza.
¡Vaya si nos la da!

Su amor morirá al cabo. Todo muere,
lo dicho, y se acabó.
Yo podré ser su amigo, si usted quiere,
pero *otra cosa no*.

JOSÉ JACKSON VEYAN.

¡PUFF!

Sinesio: Hecho un adefesio,
sudando como un cualquiera,
escribo á usted á la ligera,
mi buen amigo Sinesio.

Y á escribirle me decido
para bien de mucha gente,
que sé que usted es influyente,
sin ser hombre de partido.

Tengo por cosa segura
que á mis súplicas acceda
y que infuya con quien pueda
bajar la temperatura.

Esto ya es mucho sudar;
esto es ya mucho mojar,
ni puede un hombre comer,
ni beber, ni enamorar.

Da usted la mano á su amor,
por la pringue humedecida,
y su amor dirá en seguida:
«Que me *empingas*, trovador.»

Traje natural con trusas
gasto yo cuando estoy solo;
vamos, me visto de Apolo
para alternar con las musas.

Y no puedo conseguir
desechar este calor:
¡cómo envidia al escritor
que no tiene que escribir!

Cualquier persona extranjera,
aun cuando sea prudente,
lleva cotidianamente
un palmó de lengua fuera.

No hay regla de urbanidad
que respete en el estío
hombre que en el tiempo frío
es de buena sociedad.

La persona más sencilla,
el hombre más recatado
suele andar desabrochado
(excepto de taquilla).

No hay recato ni pudor
en cuanto el calor aprieta,
que la moral se sujeta
á los grados de calor.

¡Y aún hay quien, para consuelo
del infeliz ciudadano,
sostiene que en el verano
viven los pobres al pelo!

Ni sabe lo que se pesca
hombre que así disparta;
«que está la fruta barata,
que es una comida fresca.»

Y que en tan buena estación
cualquiera se acuesa al raso
ó en casa, no haciendo caso
de las chicas de *Chinchón*.

Por estas y otras razones,
de su influencia me valgo,
á ver si puede hacer algo
con sus buenas relaciones.

Hay que salvar á esta villa
de una muerte aterradora,
casi, casi, á la parrilla...
¡No canso más por ahora!

EDUARDO DE PALACIO.

UN ESCRITOR DE BUENA FE

En la estación de Cannes salió á recibir el tren, entre otros comerciantes al por menor, un vendedor de libros.

Entre los que me ofrecía, vi uno primoroso y elegantemente impreso, y aunque me era desconocido el nombre de su autor, lo compré atraído por su belleza exterior para entretener las largas horas de viaje, en los momentos en que el paisaje que había de recorrer no me ofreciera distracción más agradable.

Volví á ponerse el tren en movimiento, y aunque el panorama que se descubre por aquellos sitios, es encantador, pudo en mí más la afición á la lectura y el deseo de trabar conocimiento con un autor nuevo.

Desde el primer momento observé que uno de mis compañeros de coche, con quien yo había cruzado varias palabras, tenía fijos en mí los ojos como si le interesara saber el efecto que me producía la lectura.

El estilo del escritor que me ocupaba era digno de las condiciones tipográficas del libro; parecía la obra de un discípulo é imitador aventajado de Teófilo Gautier; pero el asunto era de lo más procaz, *pornográfico* y desvergonzado que puede ser objeto de conversación entre jóvenes reunidos alrededor de una mesa de café. Pintaba el autor con puntualidad, gracia y elegancia dignas de mejor idea, escenas de burdel y maquinaciones de celestinas encopetadas y rufianes de levita.

Llegamos á Niza; paró el tren y acudió á él para buscar asiento, enjambre de distinguidísimas damas que lucían pieles, sedas, encajes y terciopelos combinados por exquisito gusto y delicada coquetería.

Una de ellas, hermosísima mujer, que por la elegancia y esplendor de su traje sobresalía entre los demás, para lo cual se necesitaba maravilloso conjunto de gusto y de riqueza, se acercaba el tren por un sitio recientemente cubierto de grava, y aunque quería apresurarse para hallar asiento, se lo impedían las piedrecillas movedizas del suelo que desollaban sus botitas de tafetá y lastimaban sus diminutos pies. Y aquella mujer tan bella y tan elegante, al verse contrariada, prorrumpió en adjetivos y denuestos á la suerte, que harían ruborizar á toda una compañía de *pompieros*.

—¿Qué clase de mujeres es esa?—pregunté á mi vecino.

—Esas señoras—me contestó—son distinguidísimas *cocottes* que van á jugar al Casino de Monte-Carlo.

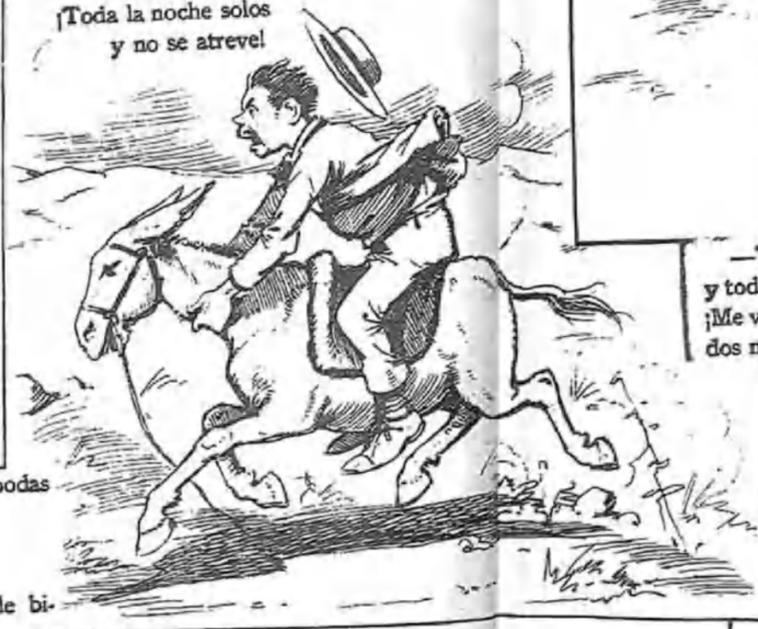
Mucha semejanza encuentro entre esas damas y el libro que tengo en la mano; son, en apariencia, delicadeza y finura, y en el fondo, desvergüenza y podredumbre.

—No lo extrañe V., cosas del siglo en que vivimos. La literatura en Francia (yo soy escritor francés) no es medio de vida como no se acuda al escándalo y á la impudencia. El secreto

DE VERANO



—Se ve que es este chico
la pura nieve,
¡Toda la noche solos
y no se atreve!



—¡Oh sencillos placeres de la desas!
—¡Dios mío! ¡si me viese la Conxal!

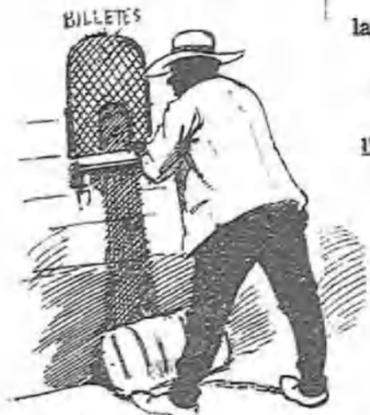


—Todas las catedrales son divinas
y todas son iguales.
¡Me van costando ya las catedrales
dos millones de libras esterlinas!



Estos andan por esos vericuetos
robando á la natura sus secretos.

—Mira: ¡14.000 pies! Allí celebran sus bodas
las águilas.
—¡Dichosas ellas!
—¿Por qué?
—Porque no las molesta el revisor de bi-
lletes.



—Un billete de niño.
—¿Dónde está el niño?
—Soy yo; me llaman niño Pancho.



—Pues señor, esto es bonito;
nadie caza cuando aprieta
de veras el apetito,
y en tomando un bocadito
ni Dios coge la escopeta!

es llamar poderosamente la atención, sea como fuere. Nadar escribió un inocentísimo libro del que no se hubiera vendido un sólo ejemplar á no haber llevado el título atractivo de *Le droit au vol*. El público compraba ávido *El derecho al robo*, y el autor le vendía *El derecho al vuelo* (el libro es un tratado de aerostación), estafa de la que el comprador no podía protestar sin acusarse á sí propio de inmoral. Pero como títulos de esa clase no se hallan todos los días, y aun de hallarse, pondrían al público sobre aviso, no hay hoy más remedio que escribir al desnudo y de la manera que V. deplora.

—Algo de eso sucede en España, servil imitadora de VV.; por allá también caen como granizo las bibliotecas con títulos más ó menos llamativos que publican obras desvergonzadas de buenos escritores que quizá, después de haber adquirido una reputación por medios honrados, buscan un puñado de duros prostituyendo sus plumas con la salvaguardia del pseudónimo.

—Crea V. que para vivir de las letras no hay otro recurso. Respetable es en literatura Emilio Zola; pues este escritor, tan famoso en todo el mundo, no ha logrado agotar la primera edición de aquellos de sus libros que no describen al vivo las llagas más hediondas de la sociedad.

—¿De modo que en Francia sólo dan resultado práctico los libros escandalosos?

—Otro género menos cultivado da también pingües rendimientos, y es el diametralmente opuesto: el moral. Hay un público de padres de familia y otras gentes honradas que busca con avidéz las obras sencillas que pinten virtudes y costumbres suaves, que agota en poco tiempo ediciones enteras de esta clase de libros.

—Y V., que es escritor, ¿gana dinero?

—Sí, señor; soy de los primeros, ya que no en mérito, al menos en obtener resultados prácticos.

—Según eso, ¿cultivará V. alguno de los géneros de que hemos hablado?

—Sí, señor: ¡los dos!

JOSÉ ESTREMEKA.

¡HOLGAZANES!

Estando ayer tarde
con cierto sujeto,
¡oven chupa-tintas
de no sé qué centro,
contóme del modo
que pasan el tiempo
los que tienen cargos
en los Ministerios,
y así me decía
pasamos el tiempo
de lo que sucede
donde él roba el sueldo.
«Vamos á las once
(más bien más que menos),
y como es costumbre,
desde aquel momento
son pocos los que hacen
cosa de provecho.
Uno dice chistes,
otro enseña cuentos,
otro da patadas
en el pavimento.
éste pinta damas
en trajes ligeros,
aquél hace coplas
(malas, por supuesto),
y hay quien juega al tute,
quien canta en flamenco,
quien echa discursos,
quien habla de cuernos,
quien hace el borrico
y el gato y el perro,
quien dice bobadas,
quien toma el cabello,
y hay quien tira migas
á sus compañeros.
Los más se divierten,
trabajan los menos,
y yo, que no gusto
de dar mal ejemplo,

ni zanjo expedientes,
ni escribo, ni leo,
ni subo, ni bajo,
ni estudio, ni pienso.
¿Que juegan mis cómplices?
Pues yo también juego.
¿Que gritan? Yo grito.
¿Que duermen? Yo duermo.
Y de esta manera
pasamos el tiempo
sin desavenencias
ni desasosiegos,
gozando una vida
de primo cartello.
—Pero hombre ¿y los jefes
—repuse yo en esto,—
por qué no corrigen
tamaños excesos:—
Y él siguió:—¿Qué jefes
ni qué niño muerto!
Los jefes imitan
á los subalternos,
y chicos y grandes,
y malos y buenos,
y tontos y listos,
y guapos y feos,
sin ninguna clase
de recordamientos.
Firmamos la nómina
y vamos viviendo...

Quedé pensativo
por breves momentos
y luego me dije
para mí colete:
¡Esto es vergonzoso!
¡Esto es estúpido!
Pero, sin embargo,
¿quién pudiera hacerlo!...

J. LÓPEZ SILVA.

RECTIFICACIÓN

«Señor... (aquí mi nombre).
Usted perdonará si le incomodo,
pero yo soy un hombre
que adora la verdad antes que todo.

Firmada por usted, el otro día
leí una poesía
en que dice, y defiende sus ideas,
que le gustan las *nas*,
no por su fealdad precisamente,
sino porque su cara les ampara
y defienden su honra con la cara,
como suele decirse vulgarmente.
Si usted no se enfadara le diría
que eso no es garantía
y puede chasquear tarde ó temprano.
¡Crea usted, por favor, á un ciudadano,
antiguo compañero en tontería!
Mire usted: yo tenía en el asunto
la mismísima idea
y la llevé á la práctica, hasta el punto
de que me fui al altar con una fea.
Tenía la nariz mi buena esposa
tan excesivamente remangada,
que era, menos nariz, cualquiera cosa,
ó hablando propiamente, no era nada.
Yo estaba convencido
de que íbamos, por fuerza, á ser felices,
pues á ningún nacido
le gustan esta clase de narices,
y tranquilo, seguro y confiado
me abandoné á la dicha de mi estado.
¡Y cómo me reía
de esos pobres maridos
que dejan el honor sin garantía
á merced de unos cuantos atrevidos!
Pues bien, yo vivo ahora
lejos de mi señora...
¿Sabe usted por qué vivo de este modo?
¡Porque me la he pegado, fea y toda!
He buscado al infame, le he encontrado
y le he puesto amarillo á bofetadas.
¡Resulta que al malvado
le gustan las narices remangadas!

Por eso ruega á usted que rectifique
su servidor: *Nicasio Carraspiqui*.

Y yo, que me lo explico,
no tengo inconveniente, y rectifico.

SINESIO DALGADO.

LA GUILLOTINA

(CUENTO TRÁGICO)

Llevaban seis días royendo un viejo maletín olvidado en el desván. Cuando hubieron devorado hasta los cartones de aquel chisme, el hambre affligió á los pobrecillos; punzabales en la tripa con finas picadas de puntas de aguja.

Tufillos recorrió el desván moviendo el hociquillo, y no halló sino una lata de conserva de Nantes vacía; comprendió que allí había habido sardinas, bien porque supiera leer lo escrito en la etiqueta, ora por el recuerdo de otros botes semejantes, ya porque fuese él, como su nombre lo acreditaba, de fina y acreditada nariz.

Vivir en lo más escondido y estrecho de un desván, con dos hembras y seis pequenuelos, sin tener qué llevarse á los dientes, cosa es que aterró sólo pensar en ella.

La madre de Tufillos había sido y era golosa, su hembrita estaba en estado interesante y sus hijuelos se habían quedado cuasi en esqueleto.

Así es, que ocurrió una escena horrible.

Tufillos estaba mal humorado pensando en asomarse al borde del tejadillo, arrojarle por allí y quedar en la calle espanzurado.

Entonces su compañera propuso que se comieran los rabos.

Idea espantosa que felizmente se achacó, más que al hambre, á los caprichos extravagantes de la preñez.

En fin, había que hacer algo, y Tufillos tornó á explorar el terreno; había intentado mil trabajos inútiles y abierto minas que no conducían á parte alguna; pero cierto día, cuando sus miembrecillos estaban quebrantados por el trabajo, le dolían ya los dientes y tenía medio desgastadas las unas, se quedó un momento descansando junto al agujerillo que había abierto en la pared, y oyó un ruido metálico, un golpeteo animoso, como el tañido de una alegre campanilla que tocase á fiesta; saltó el corazón de Tufillos, y éste se puso loco de contento al percibir que por el boquete llegaba un olor á gloria; dió un chillido de alegría, y con el hocico y los bigotes llenos de yeso y polvorienta la piel, fué á donde se hallaban los suyos y les dijo:

—Venid, hagamos el último esfuerzo, y nos salvaremos... He

abierto un boquete por el cual he oído un mortero de cocina, y ha llegado á mi nariz un delicioso olor.

Al cabo de un rato, la familia de Tufillos se aplicaba á destruir la pared, como algunos políticos se aplican á destruir el país, y agrupaditos junto al boquetillo, muerde que muerde, raspa que raspa, agrandaban la entrada.

Cuando estuvo abierto el paso, Tufillos se aventuró á entrar, y siguió su obra; luego pudieron entrar la abuela, la hembrita y los hijuelos, no sin clavarse á veces astillitas de las vigas y ce-garse con el polvillo de tierra, de cal y de yeso; al cabo de una hora, ya no les separaba del sitio deseado más que una pared de baldosas, por cuyas juntas entrarían abriendo brecha.

Lo menos habían bajado diez metros desde el sobrado al punto en que se hallaban acariciando la esperanza de comer.

—Esperemos la noche, se oye mucho ruido, y pudieran sorprendernos—dijo Tufillos.

Y cuando la noche llegó, Tufillos pudo colarse dentro: debía entrar él solo; todos quedaron rezagados y temerosos.

Tufillos se vió en la más completa oscuridad; pero que olores más deliciosos llegaban á su hociquillo! Le bailaba éste de gusto; era solicitado por todas partes; á la derecha sentía un fuerte olor á grasa y nata, que le hizo comprender que por allí había queso manchego, blanco, esponjoso y nutrido á la vez, y sudando aceite; sensación que le dejó trastornado por un momento; á la izquierda, el olor del salitroso jamón añejo; por lo alto, el aromático tufo de sardas de chorizos; olores á perejil, al ajo, á la cebolla; no cabía duda, Tufillos había penetrado en una cocina. Sigiloso y valiente fué caminando, apresurado primero, deteniéndose prudentemente después, y prosiguiendo luego por un piso de baldosas de azulejos, sin duda, por lo suave y resbaladizo, y tropezando con grandes masas de barro cocido, de las que se desprende también un olor á cosa nutritiva; aquello debieran ser pucheros y cazuelas; de pronto... no tuvo duda, se halló junto al queso; el olor era grande, embriagador... ¡Oh, cómo se pondrían las pancitas los pequeñuelos que sólo conocen de oídas lo que era el queso. Es necesario ser padre para comprender lo que sentía entonces Tufillos.

El queso no debía estar lejos de sus dientes; alargó el cuello, y el hociquillo tropezó con una pared como de alambre... Esto le desesperó; probó á romper aquello, inútil intento...

—Comed lo que recojáis...—dijo;—mañana será otro día. Ya veré yo qué es esto y como se halla—exclamó Tufillos; y él y to'os se pusieron á engullir con avidez.

De pronto un ruido espantoso conmovió sin dudar el universo, según ellos pensaron, y una claridad inesperada alumbró la cocina... los ratoncillos quedaron helados de terror; después se escondieron apresuradamente en el fondo de una merendera.

Tufillos se aventuró nuevamente, y ¡oh dicha! á los pocos pasos olió á tocino. La débil claridad de la madrugada le hizo ver un pedazo de tocino colocado artísticamente en un garfín, como diciendo: cógedme... Tufillos oía los chillidos de alborozo de los pequeñuelos, á quienes llegaba el olor sin duda, y se arrojó á coger el pedazo.

¡Clach! ¡Cegido por el cuello en una guillotina que le cortó la cabeza casi por completo! En alto las blancas patitas, rabi-muerto, con el hocico ensangrentado, los ojos agónicos, los bigotes en erizamiento, quedó Tufillos.

Los ratones huyeron sin saber lo que había pasado, pero llenos de terror al oír el ruido del cepo y las palabras de un hombre gordo que exclamaba:

—¡Bravo, caiste... ladrón!

Cuando pienso que quien esto decía era un excontratista de obras, prestamista, casero y editor chalán... me digo:

—¡Dios mío, que se hayan de emplear las máquinas más cruentas para los ladrones más infelices!

Y por más que hago no hallo otra moraleja al sucedido.

JOSÉ ZAHONERO.



Han sido detenidos los famosos tomadores el *Sortijero*, el *Tenny* y el *Soldadito*.

Rogamos á nuestros colegas que conserven esté suelto para reproducirle dentro de quince días.

¡Porque supongo que ya se habrán escapado con anticipación!



Por saber, cuando estás sola,
todo lo que de mí piensas,
diera lo menos... ¡treinta años
de la vida de mi suegra!

ANONIO MONTALBÁN.



Hemos recibido el tomo IX de la biblioteca *¡Solo para hombres! cuentos diáfanos*.

Contiene cuatro historietas picantes y... sabrosas.

La recomendamos ¡solo á los hombres! No queremos cargos de conciencia.



Sr. Mansi, ¿quiere V. hacer el favor de dimitir?



ODA ha debutado en el Circo de Price. ¡Hace verdaderos prodigios en el trapecio. ¿No le han visto VV. todavía?

¡Pues hagan VV. el favor de ir á escape!



Según leemos en los periódicos de Venezuela, está siendo objeto de grandes elogios la simpática primera triple Amalia Martín Grius.

Valuados los regalos con que la obsequiaron la noche de su beneficio, pasan de cinco mil duros (pesos, dicen por allá) entre alhajas y objetos de arte...

¡Es cosa de irse á América!



—¡Ha visto V. lo que pasaba en la cárcel de mujeres?

—Hombré... ¡yo no veo esas cosas!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

El de nuestra semana.—Estos juegos de ingenio cuestan mucho y lucen poco. Mejor dicho, no lucen nada.

Sr. D. A. G.—Madrid.—Hay V., *uno et tempus* de las composiciones para los abanicos. Porque se han hecho tantas, que por fuerza han de resultar vulgaridades.

Juan la pena.—Cuando le llegue el turno; en esto hay que observar mucho rigor para no disgustar á nadie. Tiene el 119.

Sr. D. A. G.—Valladolid.—Gracias. Choque V.

Sr. D. R. Ch.—Madrid.—Hay muchos defectos de versificación, sobre todo asonancias.

Sr. D. R. B.—Madrid.—Corrijala, acórrjala y remítala.

Mito de noche.—Versos de la infancia.

Mis...—Indecente!

Sr. D. L. G.—Cádiz.—Está muy gastado ese sistema de hacer sonetos.

Este.—¡Vamos! que el finalito ese es de oro.

T. Naja.—Aunque pudieran publicarse, habrían perdido la oportunidad cuando les llegara el turno.

Chachis.—Vaya si es desgracia! Dígame V. á mí.

Guillermo.—Si que es endebte; pero no se desanime V. por eso.

Sr. D. J. B.—Barcelona.—Hasta el mes que viene ¿eh?

Un poeta mejor que Cánovas.—Firmen VV., porque como son VV. dos del mismo apellido, no sé á qué atenerme.

V. G. T.—Barcelona.—Eso no es parodia. Es imitación de todos los versos malos de la tierra.

Sr. D. M. V.—Madrid.—Flojito el soneto y el final suelo hasta la exageración.

Sr. D. A. R. L.—Madrid.—Es mediana... como que es mía!

Gracioso del poto.—Se publicará en el primer periódico que se funde para las palmaspedas.

Sr. D. F. B.—Valladolid.—¡No se podría arreglar la vulgaridad del final! Véalo V. De todos modos se publicará, porque es muy bonita, como todo lo que V. hace. Conste.

XIII.—Sirve el primero. ¡Quiere V. firmar!

Sr. D. J. M.—Madrid.—No se puede faltar al programa, porque si se admite todo lo que se manda con ese objeto... ¿dónde iríamos á parar?

El Barbero.—No, no siga V. Es mejor.

Sr. D. D. M.—Madrid.—Me ha pillado V. ¡Camarada, y qué pesqui! Pero como cuando uno escribe no tiene ideas fijas...

Rafel.—Atrevídillo sólo, compadre.

Bononi.—Tiene V. excelentes condiciones para la crítica.—Digo, me parece. Pero aquí no cabe ese artículo.

Paquito.—Eso es mucho mejor que la otra, ¡ya lo creo! pero todavía no es lo que deba. Sobre todo en el asunto.

Un testarudo de ablas.—Un poco largos y un mucho modestos.

Sr. D. H. D.—Cádiz.—Eso se ha publicado ya, y es de Carlos Cano.

Si no fuera por esa pequeña dificultad...

Sr. D. P. F.—Cádiz.—El final es muy gastado. (Demonio de finales)

Hecha la suscripción.

Sr. D. S. V.—San Fernando.—Si no están bien medidos!

Sr. D. J. M. de L.—Murcia.—No conocemos á esta señorita. Mari-luz el 103. La otra el 123.

X Z.—Zaragoza.—Pero ¿no me manda V. la firma?

Sr. D. S. S.—Sevilla.—Sistema de chistes antiguo...

El mono de la vana.—¡Monte la otra V. á bucar tantas variaciones!

MADRID, 1886.—Tipografía de Manuel G. HERNÁNDEZ, Impresor de la R. el Uca.

Librería de don Esteban, bajo.

¡OH, EL AMOR!



—¡Anda, pa que sepas distinguirl!

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 4'50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4'50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Corvantes, 2, segunda

DESPACHO TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO
Teléfono núm. 620

COMPañÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFÉS

26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARIS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal..... Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

MADRID POLITICO

PERIÓDICO SEMANAL, POLÍTICO, SATÍRICO, ILUSTRADO

Se publica los miércoles

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.

A los corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes.

Los suscritores de provincias pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, certificando la carta en este último caso.

A los corresponsales se les remitirán sus cuentas á fin de mes, y se retirará el paquete á los que no hayan satisfecho su importe antes del 8 del mes siguiente.

Hay colecciones completas y se servirán á todos los que deseen suscribirse desde la fecha de su fundación por los precios marcados.

La correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Barquillo, 22, primero, izquierda
DESPACHO

TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO